

FABULA XXIV.

DAPHNIS Y ALCIMADURA.

Imitacion de Teócrito.

En tiempos remotos
 Una Joven bella,
 De amor despreciaba
 La respetable potestad suprema.

Era Alcimadura
 Su nombre, y tan fiera,
 Que huyendo del trato,
 Se holgaba por los bosques y malezas.

No conoció nunca
 Mas ley que su tema;
 Y aunque á las mas lindas
 Excedía, era cruel sobremanera.

Hasta los rigores
 Gustaban en ella.
 Discúrrase ahora
 ¡Quanto no agradaría su terneza!

Daphnis, Pastor rico,
 Joven, y de bella
 Presencia, la amaba,
 (Para su mal y desventura eterna.)

Nunca una sonrisa,
 Ni ojeada alhagüeña,
 Logró el Pastor fino
 De aquel corazon duro mas que piedra.

Ya desesperado
 Morir solo anhela.
 Parte presuroso
 De su hermosa inhumana hácia las puertas.

Llega, y dice al ayre
 Su amorosa pena.
 No tan solo abrirle,
 Mas ni escucharle quiso sus querellas.

Dentro de su casa
 La ingrata se emplea
 En dar con las flores
 Mayor mérito y realce á su belleza.

Preparando estaba,
 Con sus compañeras,
 La pompa del día
 De su natiuidad, que estaba cerca.

“Yo esperaba (Daphnis
 Gritó) dulce prenda,
 Morir á tus ojos;
 Mas ni aun merezco gracia tan funesta.

Despues de mi muerte
 Ya mi padre queda
 En que á los pies tuyos
 Ha de poner mis bienes que desprecias.

Quiero que se añadan
 Mis pastos, mis tierras,
 Todos mis ganados,
 Y hasta los fieles Perros que los zelán.

Con lo que restáre
 De mis conveniencias,
 Harán mis amigos
 Un magnífico templo en esta selva.

Que contemplen quiero
 Tu imagen, y sea
 En él cada instante
 Adornado su altar con flores nuevas.

Próxîma á este templo
 Tendré una modesta
 Sepultura, donde
 Grabarán en su lápida esta letra.

De amor murió Daphnis:
Detente y lamenta
Su fin, pasagero.
De Alcimadura cruel fué la sentencia.

Á estas expresiones
 Por la parca horrenda
 Sintióse asaltado,
 Que si no todavía mas dixerá.
 Triunfante su ingrata
 Salió: la aconsejan
 Que sienta un instante
 La suerte de su amante: más se ausenta.

Siempre insultó al hijo
 Tierno de Citéra,
 Y dió aquella tarde
 De despreciar sus leyes claras pruebas.

Á danzar se puso
 Con sus compañeras
 En torno del ara
 Que del Dios del Amor pedestal era.

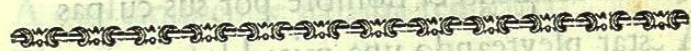
Cayó el simulacro
 (Quando mas agenas
 Estaban) encima
 De la que se burlaba de sus flechas.

Salió de una nube
 Una voz tremenda,
 Cuyas expresiones
 El eco repitió de esta manera:

Quanto en sí contiene
La Naturaleza
Ame desde ahora,
Porque ya la insensible yace muerta.

La sombra de Daphnis,
 Que el Stigio puebla,
 Se pasmó mirando
 Bajar allí la de su ingrata bella.

El Erebo todo
 Oyó á la soberbia
 Darle mil disculpas
 Al Pastor fino; y á él desatenderlas.



FABULA XXV.

EL JUEZ ARBITRO,

EL ENFERMERO Y EL SOLITARIO.

Tres justos (igualmente cuidadosos
 De su eterna salud) á un mismo objeto,
 (Llevados de un espíritu conforme,)
 Se dirigían: iban por senderos
 Diferentes marchando; pero todos

Los caminos á Roma van derechos.

Pues , como digo , nuestros concurrentes

Elegir sendas várias dispusieron.

Movido el uno de las dilaciones,

Cuidados y ruinas que los pleytos

Consigno traen , se ofreció á juzgarlos

Sin recompensa alguna , porque apego

No tenía á los bienes temporales.

Desde que hay leyes en el mundo , es cierto

Que se condenó el hombre por sus culpas

Á estar pleyteando una mitad lo menos

De lo que en este mundo miserable

Está , con mil trabajos , existiendo.

Creyó el conciliador que lograría

Curar esta locura y torpe anhelo.

De nuestros justos el segundo) elige

Los hospitales. — (Fué laudable en esto,

Porque aliviar del próximo los males,

Es accion digna del mayor aprecio.)

Eran los egrotantes de aquel siglo

Semejantes en todo á los del nuestro.

Daban un exercicio continuado

Al que de suyo se hizo su enfermero.

Tenian un humor inaguantable,

Y dél se lamentaban suponiendo:

“Que á Fulano y Fulano sus amigos

Mucho mejor cuidaba que no á ellos.,”

Nada eran estas cosas comparadas

Con los apuros , embarazos , riesgos,

Á que tambien se hallaba reducido

El encargado de conciliar pleytos.

Su sentencia arbitraria no agradaba:

Quedaban los pleytistas descontentos.

Jamás el Juez tenía á gusto suyo

La balanza. — Discursos tan molestos

Fastidiáron al Juez. — Determinóse,

Y hácia los hospitales fué corriendo

Á ver al director. — Como ambos justos

No recogían mas que sentimientos,

Murmuracion y quejas , afligidos

Y precisados á huir de sus empleos,
 Se fueron á contar sus amarguras
 Á un solitario bosque. — Allí en el hueco
 De unas ásperas rocas (inmediatas
 A un puro manantial, lugar secreto
 Respetado del Sol y de los ayres,)
 Al tercer justo encuentran : sus consejos
 Le demandáron. — “Es menester (dixo)
 De sí propio informarse en todos tiempos.
 ¿Quien mejor que vosotros vuestras mismas
 Necesidades sabe? El Juez supremo
 Impone por primer cuidado á todos
 Los mortales hacer estudio serio
 De sí propios. ¿Acaso conseguisteis
 En el mundo habitado conoceros?
 Esto solo se alcanza en los lugares
 Donde la quietud reyna y el silencio.
 Buscar este gran bien en otro sitio
 Es positivamente error extremo.
 Quando el agua agitais, ¿qué veis en ella?

El poso removido es un espeso
 Nublado, que del agua cristalina
 Oscurece los diáfanos efectos.
 Dexadla reposar, hermanos míos,
 (El santo prosiguió) vereis con esto
 Vuestrá imagen en ella retratada.
 Para mejor llegar á conoceros
 Buscad la soledad., — De esta manera
 Les habló el Solitario, y desde luego
 Tomáron sus avisos saludables.

No es decir que se dexen los empleos.
 Habiendo enfermedades en el mundo;
 Habiendo heridas, y continuos pleytos;
 Y habiendo, finalmente, otras mil plagas,
 Indispensables son, malos ó buenos,
 Médicos, Cirujanos y Juristas,
 Y otras mil facultades. Pero es ello,
 Que hay mil fraudes, descuido y abandono
 En cada respectivo cumplimiento.
 Ó, poderosos Príncipes del Orbe,

Ó , Soberanos Padres de los Pueblos,
 Ó , zelosos y justos Tribunales,
 Ó , Ministros amantes de lo recto,
 Que alternativamente os veis circuidos
 De desgracias , ó prósperos sucesos;
 Ni os conocéis , ni conocéis los otros;
 Pues si , por suerte , en un feliz momento
 Os dais á tan debidas reflexiones,
 Os viene á interrumpir un lisonjero.

Esta leccion terminará mi obra.
 ¡Ojala que á los siglos venideros
 Pueda ser útil! — Yo se la dirijo
 Al necio , al sabio , al grande y al pequeño.
 ¿ Con qué moral mas sana
 Finalizar estos trabajos puedo?

FIN

DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

* EPÍLOGO.

*De este modo mi Musa traducía
 (A la margen de un rio que corría
 Por un deliciosísimo parage,
 Y en el propio language
 De los Dioses) quanto hablan bajo el cielo
 Con incesante anhelo
 Tantos seres que emplean con destreza
 La viva voz de la Naturaleza.
 De tan varios vivientes
 Actores excelentes
 Saqué para mi obra.
 Nada en el universo está de sobra:
 Todo en él habla , con la diferencia
 Del vigor , energía y eloqüencia
 Que hay del suyo á mi idioma.*

* Conclusion.

TOM.II.

CCC

*Si el que este libro para estudio toma,
Halla que no es bastante buen modelo,
No le podrá negar á mi desvelo
Que abrí el camino ; quedará mas llano
Dándole otros despues la última mano.*

*Vosotros , los nacidos
Para ser inspirados y atendidos
De aquellas nueve Hermanas,
Finalizad la empresa
Que á todos los humanos interesa.
Dar podeis soberanas
Y abundantes lecciones
(Que yo quizá omití ;) pero os advierto
Que si quereis lograr un fruto cierto
Las disfraceis bajo estas invenciones.*

* Conclusion.

TOM. II.

CCC

INDICE

DE LAS FABULAS CONTENIDAS
EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO SEPTIMO.

FABULA I. La Garzà Real.	Pag. 1
II. La Moza soltera.	4
III. La Corte del Leon.	8
IV. El Coche y la Mosca.	11
V. La Lechera y el tarro de leche.	14
VI. El Hombre que corria tras la Fortuna, y el que la aguardó en su cama.	17
VII. Los dos Gallos.	23
VIII. Los Deseos.	25
IX. Los Buytres y los Palomos.	29
X. La ingratitud é injusticia de los Hombres para con la Fortuna.	32
XI. Las Adivinas.	37
XII. El Gato , la Comadreja y el Conejillo.	40
XIII. La Cabeza y la Cola de la Serpiente.	43
XIV. Un Animal en la Luna.	45